



CLARA OBLIGADO, *UNA CASA LEJOS DE CASA. LA ESCRITURA EXTRANJERA*

Valencia, Ediciones Contrabando, 2020, 120 pp.

En España hace muchas décadas que ha nacido una literatura nueva. Para algunos, es una literatura del exilio o de la diáspora, para otros, migrante y, para otros más, todo lo anterior, aunque también híbrida. Y “lo híbrido es matiz, riqueza” (pág. 69), señala Clara Obligado Marcó del Pont (Argentina, 1950), la autora del libro reseñado. Las denominaciones para esta nueva literatura son múltiples y todas tienen sus matices y particularidades, pero, lo que está claro, es que es una literatura que tensiona el escenario literario español actual a la vez que gana espacio arrinconando al hispanismo más tradicional. Me refiero a la literatura escrita por personas migradas o exiliadas, o por hijos e hijas de esas personas que, una vez en España, han decidido escribir *en español* demostrando que la etiqueta “literatura española” está agotada. O, en el mejor de los casos, es limitada e insuficiente. “¿Hay un espacio para estos libros? –se pregunta Obligado en este ensayo autobiográfico–. Una vez me preguntaron en qué apartado había que colocar un libro mío, si en literatura española o argentina. Elegir me costaría años de terapia” (pág. 86).

Esta literatura en español escrita en España por personas migradas o exiliadas tiene algunos temas recurrentes y uno de ellos es la problemática de la identidad. Exhiben el drama, lo convierten en texto (pág. 96). Si bien en esta reseña solo me referiré al volumen publicado por la escritora Clara Obligado, también podríamos hablar de otros muchos textos publicados en España y en español por escritores y por escritoras en la misma situación de Obligado que evidencian, en primer lugar, que las fronteras –aunque sea solo en la literatura– son porosas y, en segundo lugar, lo fértil de este tipo de producción: Najat el Hachmi (Marruecos, 1979), Margaryta Yakovenko (Ucrania, 1992), Karina Sainz Borgo (Venezuela, 1982), Quan Zhou Wu (Algeciras, 1989) o Said El Kadaoui (Marruecos, 1975) por citar solo algunos nombres. Son “autores del exilio, emigrantes, transterrados, anfibios” que “fluían, navegaban por afluentes no habituales” (pág. 65). Asegura Clara Obligado que ella habita la extranjería, Argentina y España son nacionalidades que en ella se han disuelto y eso la sitúa en un lugar incómodo, problemático también en ocasiones, pero el único que puede habitar. Su metáfora es esclarecedora: “la extranjería como patria. Sin sujetarme a la tierra, como el clavel del aire, enraizar” (pág. 76). Imposible no pensar en lo que escribiera Simone Weil y su “arraigarse en la ausencia de lugar [...] Exiliarse de toda patria terrestre” (2007).

En esta narrativa, por tanto, un tema recurrente es la problemática de la identidad, pero esta puede ilustrarse a través de situaciones heterogéneas y escenarios diferentes. Uno de esos escenarios es el inevitable multilingüismo. Clara Obligado despliega la sábana de las muchas lenguas y sus variantes y significados jerarquizados en *Una casa lejos de casa. La escritura extranjera* y cubre así su experiencia como persona que “no es de ninguna parte” (pág. 65), que ya no sabe “qué es ir, qué es volver” (pág. 100). Asegura que solo puede escribir en un castellano prestado que no se parece al suyo natal y, aunque esto la aleja de sus emociones, al tiempo, la ayuda a reflexionar. *Una casa lejos de casa. La escritura extranjera* es un ensayo sobre la lengua y, también, una autobiografía novelada de una exiliada que entre su escaso equipaje llevaba un castellano que no era el que se hablaba en Madrid, era el que dejaba atrás en su querido Buenos Aires y que ella guardaría intacto, como un tesoro, mientras este último evolucionaba en su ausencia. La lengua, las muchas lenguas, es uno de los hilos conductores de su exilio. Clara Obligado nació y estudió en Argentina, pero vive en Madrid desde 1976, desde que llegó huyendo de la represión de la dictadura militar de Videla. Desgarradoramente relata Obligado que, una vez en España, no comprender lo que te dicen, aunque hables el mismo idioma, te cambia para siempre. Y ella, aunque como escritora en algunos otros textos ha explotado la faceta cómica de estos desencuentros lingüísticos, en este volumen deja especialmente patente que, en realidad, no tienen gracia alguna.

El volumen se divide en dos partes. La primera, denominada “En casa”, nos traslada a Buenos Aires, a su infancia, a su adolescencia, a sus años de universidad y a sus primeros viajes y lenguas. Especial espacio dedica a los libros, a sus muchas lecturas, sobre todo a aquellas que la marcaron: “Somos lo que comemos” –asegura–. “Somos también lo que leemos” (pág. 51). De igual forma se detiene en los hechos a los que sobrevivió y en lo que tuvo que hacer para lograrlo. Así, “de la luz oblicua de Buenos Aires al azul plano de Madrid, de las avenidas enormes a las angostas callejuelas antiguas, del olor a carne asada al del aceite, de lo familiar a lo desconocido” (pág. 45), llega a España. Empieza entonces la segunda parte del ensayo tras una nada casual página en color negro, un corte, un abismo. Ha subrayado la autora en distintas presentaciones del volumen que el cambio de país supone “una caída en negro”, una ruptura con lo anterior, con lo conocido.

La segunda parte titulada “Lejos de casa” nos lleva a Madrid, primero al periodo posfranquista en sus primeros años de exilio. Es 1976: “los latinos decían «destierro, o entierro». Eso es el exilio. Cada estado tiene que tener su nombre. «Exilio», «emigración», «refugio». No se trata de sopesar cuál es más dolorosa, más severa, más cruel. No se trata de eso. Se trata de poder nombrar” (pág. 45). Las palabras, el lenguaje, “el idioma como frontera, como secreto, como ideología” (pág. 19), el mosaico de diferentes registros lingüísticos sigue siendo el centro de las reflexiones de las páginas que continúan. Sobre todo, en su faceta de escritora, en la medida que sus herramientas de trabajo son el léxico, la sintaxis o el ritmo que demanda un mercado de castellano hegemónico que no propicia los espacios compartidos. Tampoco quiere Obligado someterse a la presión homogenizadora de lo que bibliotecas y librerías –y lo que es peor, guías docentes– denominan “literatura hispanoamericana”. Su concepción de la lengua está instalada en la extranjería, así que, para escribir y para sobrevivir, no le queda otra que hacer de sí misma “una versión

subtitulada” (pág. 101). Luego este libro breve, pero intenso, arriba en la más inmediata actualidad, en los “arduos días del coronavirus” (pág. 119) que, por una vez en este largo viaje a través de la escritura extranjera, consiguen que todo esté en silencio, un “silencio formado por mil silencios” (pág. 119).

Una casa lejos de casa. La escritura extranjera de Clara Obligado es un libro honesto e inteligente. Inteligente en sus ricas y perspicaces reflexiones y honesto porque la autora habla de su propia experiencia al reflexionar en primera persona sobre lo que significa ser mujer, extranjera y escritora. Unas categorías que ella habita y asume por decisión propia al liberarse “del peso de la tierra” (pág. 77) y que, al tiempo, queriéndolo o no, es una manifiesta oposición a algunos férreos posicionamientos políticos que hoy en día sostienen en España discursos discriminatorios sobre las personas migradas o exiliadas.

Yasmina Romero Morales